

Campsentelles, 12
2009

CENTRE D'ESTUDIS SANTFOSTENCS
AMICS DE CABANYES

Recuerdos de un seminarista de La Conrería (II)

**JUSTO HERNÁNDEZ
HERNÁNDEZ**

Aquesta és la segona part de la selecció de les memòries de l'ex-seminarista de la Conreria Justo Hernández, que actualment viu a Villerbaunne (França). Expliquen alguns aspectes de la vida del Seminari Menor i també la marxa definitiva de la institució per part de l'autor. En aquests fragments seleccionats apareixen tota una sèrie de personatges molt importants per a tots aquells que van estudiar a la Conreria als anys 50 com el rector Dr. Altès, el bisbe Modrego, el senyor Ventura, l'Onofre, mossèn Jaume Fàbregas o el sacerdot de la Protecció de Menors de Barcelona, mossèn José Manuel García-Die, que posteriorment, de 1971 a 1978, va ser rector del mateix Seminari de la Conreria. Vet aquí, doncs, el darrer lliurament d'aquests records, escrits d'una forma molt amena i amb una gran riquesa de vocabulari i de narració.

Diario de Justo en el Seminario: *un domingo*

Día 29 (Sin fecha de mes) 1955.

Espero visita: El domingo es un día alegre. No hay clases. Eso es primordial para los estudiantes. Se puede descansar. Practicar tu deporte favorito. Se puede adelantar el trabajo de la semana. Se puede no hacer absolutamente nada. El domingo vienen las visitas; con ellas, una invasión de casaquitas, plises, faldas, gorritos de mil colores que en franca pugna con nuestras austeras sotanas, acaban por imponerse durante unas horas, produciendo el gusto de la variedad.

A la sazón, se obra un cambio, aquí, donde todo es uniforme, donde sólo las corbatas se atreven a distinguirse: la plaza, la alameda, las salas de estudio o las dos capillas se ven invadidas por este derroche de color. Y lo que en cualquier otro lugar podía ser motivo de escándalo o fuerte estupefacción, aquí, a nadie extraña: negras y sobrias sotanas se mezclan con infinidad de otras variopintas prendas que no alcanzaría a nombrar. Allá, en el gran portal y la alameda, un clérigo pequeño, pequeño,



Vista aèria de la Conreria tal com era vers 1955. (Arxiu Parroquial de Sant Fost)

tanto que no llega a pasar un palmo de la cintura de una señora que lo abraza como si quisiera ahogarlo, y que le enseña ¿Puede ser un paquete de caramelos?

Aquí, al lado mío, otro curita que apenas levanta un metro del suelo, ofrece apoyo a, debe ser también su mamá. Desde donde estoy veo a un condiscípulo mío que lleva en brazos a su hermanita y le hace dar vueltas de campana. Ríen con la despreocupación de la juventud dos chicas, que por la pinta no pueden negar que son hermanas de Rodríguez. Y mezclados, entre esa cascada de risas y colores, los jóvenes seminaristas, se mueven ligeros, gesticulan se interpelan y ríen, ríen... Y es que no hay mejor alegría que la que rebosa del corazón.

Cosas de los seminaristas: un apagón, el Sr. Ventura y Onofre

Estos días de vísperas de exámenes, los mayores nos divertieron con una comedia burlesca de ladronzuelos, roba melones. La historia cuenta cómo unos rateros se introducen en un melonar mientras que el guarda duerme, escondido entre las hojas de esta cucurbitáceas de grandes hojas rastreras. Hay luna nueva. Los ladrones tantean los frutos, para llevarse al saco los más gordos cuando uno de los ladrones dice al otro: Cogemos uno más cada uno y nos largamos de aquí antes que venga el guarda. Yo ya lo tengo y el otro dice dando tirones de la cabeza del dueño:

—*¡Este melón tiene pelos!*

Días después, en el estudio de la tarde, sobreviene un apagón, avatares que sucedían frecuentemente "*In illa remota tempora*" La ausencia de luz duraba el tiempo que el Sr. Ventura trasteaba en los fusibles, o si había viento. Las averías son un regocijo para los disipados estudiantes. Es el momento de gastar bromas, ahora que el sacerdote que impone calma no les puede ver. El tiempo que tardan en encender las bujías de socorro, el barullo que se arma aquella tarde en el estudio de tercero A, es superior a los ya experimentados: Hay aviones que chocan en su vuelo

con la pizarra, una silla se le escapa por detrás a Torroja que intenta asustar a Salvat. Éste, deambula en la oscuridad en busca de una víctima.

Ha llegado al alcance de una cabeza que rodea con su brazo mientras le rasca el occipucio:

–*¡Este melón tiene pelos!* Dice repitiendo la historia de los roba melones de la función.

Se enciende la luz en ese preciso instante, y todos podemos ver a Salvat que suelta la cabeza del Rector, los cuatro pelos del cual se quedan de punta. Nadie se ha dado cuenta que entre dos velas, nuestro querido Rector, se ha sentado entre nosotros e intentaba terminar su breviario. Hasta él, se tuvo que reír de la cara de sorpresa que Salvat puso. Quien asustado por su osadía, se fue al rincón y metió la cabeza como los avestruces detrás del cajón de las tizas.

Crónicas del seminario y de sus moradores: “No s’amoïne”

– Bien hijos, –les dice el Rector a los redactores–: Cosas así que escribáis en vuestro periódico, no es necesario que me las sometáis a “Visto bueno”. Pero ¡Cuidado! Nada debéis publicar que ofenda, escarnezca o ridiculice a algún profesor o a otra persona de los que frecuentan este casi cenobio. Todo cosas alegres, y sucesos varios sin comentarios desplazados.

– No se preocupe, Doctor, que seremos correctos; ecuanímenes, pero correctos.

En la Conrería acaba de entrar en funciones un hombre de limpieza, que se va a encargar de limpiar los dormitorios y aseos, y que además, será el enfermero. Este señor, en dos días, cura a varios dolientes, siempre con el mismo remedio: Cataplasmas de mostaza en el pecho, y aspirina para cualquier síntoma doloroso.

– A ve(u)re, a ve(u)re, – le espeta diligente, al agónico, al tiempo que se arremanga el delantal del otro oficio–.

– Miri: En tinc dolor de cap sobre l’ull i...



Façana de la Conreria en l'actualitat. (foto F. Pérez)

- Això no és res de res! Una aspirina i vas que xutes.
- Jo, en tinc nàusees i...
- Aspirina i cataplasmes de mostassa.
- I a on me posarà la cataplasma?
- Tu no t'amoïnis. Tu no t'amoïnis, que això l'arreglo jo en un res de temps.

Las cataplasmas se las prepara el Onofre y por lo visto en el botiquín, sólo hay aspirina. Los seminaristas, cansados de tanta aspirina, y de cataplasmas para nada, del adelantado caduceo, vienen a la redacción, para someter una virulenta queja a publicación.

Las excursiones. El poblado ibero que descubrió Mn. Fábregas.

El paseo hebdomadario, que como el día de salida de las “minyones”, cae en jueves, le corresponde dirigirlo, escoltarlo, acompañarlo, al profesor que ha dado la última clase antes de la salida. Cada profe tiene sus

preferencias. Con Mn. Casañas, todo es andar y andar. Con don Pedro, algunas veces cogemos incluso autobuses, y hacemos descubrimientos, como ver iglesias por su peculiar estilo, o acercarnos al mar. D. Justo es el más divertido, por sus ansias de hacernos quemar calorías, su mando casi de militar teutón, y en general, por su buen humor. Con Mn. Fábregas, las cosas cambian.

Lo del buen humor, no. Con él cantamos en diversos grupos y nos hace coros con que lanzarnos invectivas de una caterva a la otra. Con Mn. Fábregas, salimos casi siempre, camino de Sant Fost, por en medio de la carretera, que en aquellos benditos tiempos, estaba poco frecuentada por vehículos de motor. Algún raro camión de portes, el autobús de Mollet que pasa también por Sant Fost de Campsentelles. Estos, se anuncian con los ruidos del motor en el silencio del monte dándonos tiempo a apartarnos. Siempre salía algún alumno cantando:

*Por el río Besós,
Bajaba un ruido extraño: (Bis)
Era el amigo Morán,
Con su traje de baño.
Lalalala la lero.*

Es evidente que el nombre del que bajaba por el río en traje de baño, cambia según el humor de los cantautores. También cantábamos:

*Per l'aliment del bon vi, (2)
He perdut la xica,¹
Vaig quedar desenxicat, desencaixat
I, no l'hi tastat.
Que el vi és bo, l'aigua no gaire
Que el vi és bo, i l'aigua no.*

(1) En realidad, decíamos, Xeca pero he mirado en el diccionario y no corresponde a nada. ¿No sería para que ni siquiera mentáramos a las chicas?

A continuación, siempre a causa del vino, perdíamos la camisa, los pantalones, la gorra, etc. Con el estribillo, hacíamos a cada estrofa la apología del buen vino. Cosas de aquellos tiempos en que la publicidad del alcohol no estaba prohibida. Si nos llevaba de paseo el Dr. Altés, con él, cantábamos en francés:

*Alouette, gentille alouette,
Alouette je te plumerai.
Je te plumerai la tête,
Et la tête, et la tête...*

Y así, por etapas, desplumábamos la pobre alondra, cabeza, cola, alas etc. sin ninguna compasión.

Pero nos dirige Mn. Fábregas. Eso significa, que vamos a palenteologar. Nos lleva hacia una montaña cercana donde hubo un asentamiento íbero. Al efecto, se ha traído unas picoletas, cepillos de esparto, cuerdas y piquetes, para marcar los tajos. No es la primera vez que los seminaristas vienen a este lugar, por lo de menos, visitado por los payeses aldeaños. Mn. Fábregas distribuye las herramientas entre los interesados, a los que instala por los sitios ya marcados en anteriores visitas.

– *Treballen amb delicadesa. ¿Veus el terròs de tassa casco que aflora aquí? No el trenquis.*

A los que prefieren hacer otra cosa que escarbar en los ripios, los distribuye por los promontorios cercanos, y les da el tono, según sus voces.

– *La la la... Ara, diguin tots junts, en tornant la veu a l'altre grup: "Sou uns burros".*

De la colina vecina, Mosén Melús, que dirige otro grupo, nos contesta también cantando.

– *Menys que vos.*

Luego nos tratamos de toda clase de pajarracos los unos a los otros, hasta que hacemos las paces por canción interpuesta y seguimos cada grupo con las tareas.

Hoy la búsqueda del tesoro ha sido fructuosa: Hemos sacado de la tierra fosilizada varios fragmentos de una taza o cuenco, que se corresponden a un pedazo de un asa, con muescas que parecen letras cuneiformes, en un intento de decoración. Mn. Fábregas, contento de estos hallazgos, los mete, envueltos en papel de periódico, en su zurrón. De vuelta al seminario, cantamos la canción d'En Pere Gallarí:

*Com que era tan bon home,
En Pere Gallarí,
Se'n duu tota la xeixa,
La xeixa del camí,*

*Que va mort,
Que l'he vist,
En Pere Gallarí.
A on vares tururut, A on vares tururí.*

Notas varias: visita del Arzobispo; el camión de los recados; mes de María

Diario. 19 abril. Ascensión

Hoy a venido el Sr. Arzobispo, pero ni nos ha hablado ni ha asistido a nona. Antes era más comunicativo con nosotros. El Dr. Altés nos ha tenido un rato rezando por nuestro Obispo, y nos ha dicho que ha sufrido una pequeña operación – de una hernia – sin más consecuencias, pero que como está algo cansado, no puede venir un rato a hablar con nosotros como suele hacer. Esperamos hablar con él, aunque sólo sea del porche a su Arzomóvil cuando se vaya. Posponemos nuestro viaje a Barcelona, hasta que su Ilustrísima esté mejor.

Días atrás, escribió mi madre. La carta viene fechada del 17 y viene con la muda que cada sábado nos trae de Barcelona el recadero. Es un momento de alegría, cuando te dicen: *Un paquete para Fulanito... Un paquete y carta para Menganito*. El camión no puede subir hasta la conserjería; porque, además de los paquetes para los seminaristas, aprovecha

para traer cosas para el comedor y las monjitas. Y también para algunas masías que le encargan, así que cuando llega a la cuesta de la Conrería, pita como un endemoniado. El Sr. Ventura baja con un carretón previsto a este efecto, y con la ayuda de todos los que estamos en el patio subimos los bultos hasta la habitación donde se distribuyen. Momento de alegría que a veces se transforma en decepción, cuando el Sr. Ventura dice: *Se acabó: ¡Ya no hay más!* Y tú, quedas con la boca abierta y sin el paquetito, que no te ha traído el calor de los tuyos.

20 de abril. Mes de María

D. Pedro habla muy bien. Nos hizo una meditación apasionante sobre la importancia de N. Señora, en tanto que madre de los seminaristas. Es la primera vez que nos subimos la imagen de la Virgen al dormitorio. Le hemos hecho un altarcito con ramas de hiniesta y flores de azucena que buscamos entre los pinos de los alrededores. Quisimos ponerle una lamparita para que le alumbrara durante los cursos, pero D. Pedro nos recordó que la lámpara es para señalar la presencia del Santísimo y que no se debía hacer. Le argumentamos que, siendo su madre y estando Dios en todas partes, también estaba allí, y que la llamita viva podía bien alumbrar por las dos presencias. Nos corrigió diciéndonos que si acaso queríamos iniciar una herejía.

Ante nuestra sorpresa y extrañeza, nos explica que si le ponemos una lamparita a la Madre de Dios, y con ella también queremos alumbrar por la presencia de Jesús, casi, casi estamos dando a entender que consideramos María también como divina.

Y puesto que Dios, como habíamos dicho en todas partes está, cosa que si bien es cierta, no da a todas las cosas, (salvando el hecho de al hablar así), la capacidad de ser divinas, aunque formen parte de Ésa Divinidad, está también en la imagen de la Virgen, por más que de yeso inerte sea ésta (...).

Un viaje a Barcelona. Visita al Dr. Modrego. Regreso de noche a la Conrería.

Recuerdo y transcribo: Estamos con los ejercicios espirituales y los cursillos de verano. Es otra manera de no dejarnos estar lejos del Seminario. Esta vez estamos practicando italiano. Es facilísimo. Las palabras que no son igual que en castellano, son radicales del latín y las comprendemos perfectamente: En cuatro días estamos todos hablando en italiano. Ahora entiendo que el Papa Pío XII se aprendiera el español en el barco que lo traía al Congreso Eucarístico de Barcelona. “É facile. Non é difficile”.

Terminados los ejercicios espirituales, pasé por casa. Por lo de siempre: la bolsa de ropa limpia. No pude ver a mi madre que precisamente había ido al Seminario Mayor a llevarla. Como no tenía hora fija para volver, me acerqué a casa de Jesús Gálvez que está cerca de la Plaza de la Universidad y por ende muy próximo al Seminario Mayor. La madre de Jesús Gálvez y la hermana me recibieron como un gran amigo de Jesús su hijo. Sacaron merienda, chocolate y galletas.

También fui a ver al señor Arzobispo. Me recibió y parece que se alegró de verme. Ya somos conocidos. Desde que le di con la pelota de tenis en el coco.

– ¡Hombre! Tú eres uno de mis seminaristas preferidos. ¿Qué te trae por aquí, hijo? ¿No estáis en el cursillo de verano?

– Beso su anillo, Ilustrísima. Sí, estamos en el cursillo. El Dr. Altès me ha dado permiso para que venga a por la ropa a casa. También tengo que graduarme la vista. Y también quería venir a ver a vuestra Ilustrísima. ¿No se alegran los corderos a la vista del pastor? Y también puedo citar el refrán: “El ojo del amo engorda el caballo”. Aunque se considere este su servidor, más burro que équido.

– Me gustan los seminaristas atrevidos que no les dé miedo su Pastor. Dime hijo: ¿Sucede algo en tu casa? ¿Tienes algún problema en el seminario?

El Doctor Modrego, arzobispo obispo de Barcelona, era así: impetuoso, con un especial cariño para con sus “polluelos” como nos llamaba



Vista del claustre i pati interior de la Conreria. (foto X. Pérez)

a los de la Conrería. Y con el tiempo, pude comprobar que realmente, se interesaba por sus futuros sacerdotes. Y especialmente conmigo, por haber tenido roce (pelotazo). Y haber querido cambiarme el mal color de cara basándose en suplementos alimenticios.

Debido al respeto que le tengo, no podía interrumpir su torrente de preguntas. Supongo que para él señor Arzobispo, significaba yo, algo así como una interrupción en la múltiple y absorbente tarea de su cargo.

– “¿Y cómo estás? ¿Cuántas matrículas este año? (luego pues, seguía de cerca mis estudios) ¿Y comes bien?

– Bien, Ilustrísima. Sí. Tres matrículas de honor: una de Literatura, otra de latín, y otra de ciencias. (Química) Y sí, siguen dándome el suplemento de comida. Pero Ilustrísima; yo he venido...

– ¡Ah! ¡Sí! Tú has venido por algo concreto. Dime. Dime.

– Como le dije alguna vez a vuestra Ilustrísima, mis padres viven en Casa Antúnez, en una barraca. Y yo he aprendido que la caridad bien entendida empieza por sí mismo. También estoy al corriente del plan de viviendas que vuestra ilustrísima ha patrocinado, “Las Viviendas del Congreso” le llaman los pobres de las barriadas obreras. Gracias por todos ellos Monseñor. Y gracias por pensar un poco en mis padres, que ellos no se atreverán a venir a pedírselo a vuestra Eminencia.

El señor Arzobispo, añade un “bien, bien” distraído; el señor Arzobispo Obispo, gusta que sus “llamados” le sorprendan, le agrada que en vez de borreguitos, se muestren como lobos buenos, en fin que si fueran revoltijos de tripas de cordero, huelan un poco a mierda pero no mucho. Y hace un signo a un curilla bastante joven, pero menos que yo, que se acerca con obsequiosa premura al prelado que le bisbisea al oído. Luego se vuelve hacia mí, pega su anillo a mis labios con fuerza y me dice:

– Ya está hijo. Este joven camarada tuyo, te va a coger el nombre y la dirección de tus padres. Dáselos que le vamos a reservar una casa, para cuando Dios quiera que estén terminadas. Todo llegará, y a ellos le llegará primero que a muchos otros.

Mi intención después, era de regresarme a la Conrería; pero aprovechando que no tenía hora fija para volver, me alargué a casa, vi a mi madre y le dije que ya tenían piso adjudicado en las viviendas del congreso de Badalona; que si recibían carta o aviso de convocación que no se extrañaran. La información pareció resbalar sin otra dificultad por los oídos de mi madre. Ni aprobó mis diligencias con Modrego, ni se alegró de este “passe droit”. Los tochos no habían salido aún del tejar, ni los sacos de cemento Pórtland, de la cementería, de la Trinidad. Así que debió pensar “Para rato va la cosa”. Total que me pareció haber estado perdiendo el tiempo. Me estuve paseando por toda Barcelona con la bolsa de la ropa, a la que en un movimiento de despecho le di de patadas hasta cansarme. Como iba de sotana y de manteo, se las daba cuando nadie me veía.

La noche se me echó encima por la carretera de Tiana a la Conrería, carretera sin luces, de atajos resbalosos, ruidos de aleteos, gritos de alimañas, que acabaron por infundirme miedos ancestrales. Al pasar cerca del pozo donde enterraron a los apestados que murieron en “El Conrer-Hospital,” los escalofríos me subían por la espalda. Iba yo pensando en Lázaro, y no me atrevía a pronunciar la frase que a él lo resucitó, no fuera caso que saliera de aquella sima un esqueleto animado. Las puertas y los portones de la entrada estaban ya cerrados a siete cerrojos. El señor Ventura, fue lento en venir a abrir al intruso de a deshoras. Me fui al torno, llamé, y una monjita que con voz dulce y pura, me contestó con un “Ave María Purísima”.

Le soltó él “Sin pecado concebida” de rigor, y le pedí un refrigerio que me mantuviera vivo hasta el almuerzo del día de después.

– ¿Le parece bien una tacita de caldo y un poco de pan con chocolate?

– Sí hermana; me parece bien.– “¿Y unas prunas, o unos higos secos, no te gustarían también?” me preguntó la voz, “¡Que ahora te he reconocido! Porque sé quien eres y sé que eres un goloso”. La voz tomo forma y casi vi a aquella novicia que habitualmente me trae frutos secos en la faltriquera, cuando me toca lectura en el refectorio. Tiene carita de virgen de Murillo. El pelo que se le escapa de la cofia es negro azabache y habla con acento andaluz seseando. Tiene una especial manera de acercárseme en el refectorio, con su fru-fru de sayal y su aleteo de escarcela. Las monjas tienen prohibido hablar a los seminaristas que de turno de lectura, las aproximan en el comedor. Pero sor María de la Anunciación, la monjita de cara virginal se salta las proscripciones y casi por señas, parece esperar que yo venga a leer, para decirme:

– ¿Quieres almendras? ¿Castañas pilongas? ¿Chocolate?

Al gesto de asentimiento de Justo – y sólo a él – se saca del bolsillo de la faltriquera un puñado de frutos y se los pone en el cajoncito que sirve para guardar la servilleta. Justo sigue con la mirada los movimientos de esta bellísima esposa del Señor, y piensa que con tantas que tiene...

Pero las continuas miradas de la joven, no le dicen si este interés es por amor a un futuro sacerdote, tan joven, o si le provoca la lectura del seminarista que hace vivir al santo francés, S. Jean Marie Vianney, a través sus escritos y él recito de su ejemplar vida. Cuando el señor Arzobispo mandó decir al Doctor Altès que se me diera un suplemento de comida, ¿Se lo diría también a las monjitas de la cocina? ¿Se enteró sor María y por eso muestra tanto interés por mí? (...).

Adiós al Seminario Menor de la Conrería

Seminario. 15 de agosto (1955). Mi diario.

Tuve que bajar a casa en busca de la muda limpia. Dejé las sábanas en la Protección de Menores, que también suben cosas para los seminaristas que nos vienen de allí, y no sé por qué, no me las subieron. Por lo tanto les dije que las pusieran con las mudas de Gálvez y de Muñarch y se lo dije también al P. García-Díe. Pero tuve que ir yo a por ellas. Bajé con la bici hasta Mongat y desde allí con el tren hasta la estación de Francia. De vuelta, subir a la Conrería en la bici, se me hizo un poco duro. Además me mojé. Calló un chaparrón en plena ascensión, donde no hay nada para guarecerse.

Son las 17h30'. Voy a hacer la cama. Soy un vago: todavía no la he hecho. Hoy día 25, iniciamos el retiro en el seminario. "*Alea jacta est*" Será el último que haga. Empezaremos otro camino. Terrible de tensión. Mi empeño consiste en vencer mi ignorancia de todas estas cosas nuevas para mí. ¿Venceré también mi falta de voluntad? ¿Mis pasiones? ¿Mi pobreza? Una cosa me da un poco de sosiego: ni mi familia ni el rector ni Mn G. D. me mueven a tomar tal determinación.

Día 26 de agosto

Ya estamos hartos de tanto ensayo. La cosa no va del todo bien. A causa de las representaciones satíricas de los días en que por mal tiempo no podemos salir de paseo, ahora a mosén Casañas se le ha ocurrido darme un papel en una comedia. Me he negado a hacer el ridículo

hasta el límite de mis fuerzas; pero él me ha convencido de que venza mi timidez. Me ha dicho que no lo entiende (...). La obra que vamos a interpretar se llama “Pastor y Borrego”. Mosén Casañas me ha dicho que el personaje principal se identifica mucho con mi modo de ser. Nadie –ni yo– se sabe su papel.

Día 29 de agosto

Mañana nos marchamos para casa, a terminar las vacaciones (?) Desde luego, ningún curso como el nuestro para hacer innovaciones: los “terceros juegos mediterráneos”. Fueron de bombo y platillo. Ayer representamos la función de teatro “Pastor y Borrego” En guisa de despedida del quinto curso. Resultó un éxito. Yo, como actor primero y como gesticulista innovador, sino por improvisador, obtuve un triunfo resonante por parte de la chiquillería de 2º y 2º S. Me abrumaban con sus felicitaciones. Ya lo contaré otro día, ahora estoy escribiendo con luz de dormitorio, es como decir que a oscuras.

5 de septiembre: Mi diario

Ya hace días que estoy en casa. Estoy haciendo trámites para seguir con los estudios aunque sea en una academia. Los falangistas, buenos chicos, me prometen ayuda. Veremos como le sienta a mi padre el rojillo.

Diario de Justo. 27 de septiembre.

Con mi director espiritual, Mn. García-Díe.

Ayer mis compañeros empezaron el nuevo curso en el Seminario Menor. Yo no. Sorpresivas fueron las palabras de mi confesor director de conciencia Monseñor García-Díe: “ No debes forzar tu estado psicológico”, “A ti lo que te conviene es trabajar las 24 horas del día, en cualquier oficio, y dejarte de estudios”.

Así de categórico. Yo le dije que quería seguir estudiando. Él me contestó que cuando se viene de una familia tan pobre tan pobre, lo primero era comer e intentar seguir viviendo. Yo le reiteré el ejemplo de



Mare de Déu de Montalegre, a la façana de la Conreria. (foto X. Pérez)

Jaime Balmes, que hacía el viaje desde su casa a la universidad descalzo, para no usar los zapatos que poseía. Me contestó:

– Te veo demasiado pretencioso comparándote con ese genio.

Yo volviendo a lo del trabajo, le dije que sin ser un genio, podría pagarme todos los estudios que fuere capaz de llevar por delante, sólo con las matrículas de honor que obtuviese. Que para zapatos sí que tenían mis padres. Y que el trabajo manual me parecía algo ruin, comparado con los estudios.

– Hazme caso Justo –terminó por aconsejarme–. Entre los problemas de tu familia, las amistades con tantas chicas, y tu inconmensurable orgullo, ni serás cura, ni catedrático, ni hermano lego ni Papa. Y ya me contarás con ese asco al trabajo manual, si algún día llegas a ser “Maestro de todo u oficial de nada”.

Estaba desesperado. ¿De dónde le venía al capitán-cura tanta certitud en cuanto a mi determinación y destino? En ese preciso momento, terminó de ser mi director espiritual (...). Lo dejé plantado con la mano en alto, sin esperar ni su bendición ni su absolución ni sus golpecitos de tijeretas con los dedos que solía impartir. Ni me incliné siquiera hacia la lucecita del altar al salir de la iglesia. En mi interior maldecía mi suerte.

En parte, (Justo) reconoce que el cura tiene razón. Hele aquí, camino de la parada del autobús, sin un céntimo para pagar el billete. Monseñor García (...) había salido a la puerta de la iglesia de la Barceloneta, y gritaba hacia Justo:

–¿Justo? ¡Ven inmediatamente a terminar con la confesión!

Justo intenta ignorarlo, pensando que si venía el tranvía, tendría que dejarlo pasar y él creería que... ¡Era capaz el monseñor de venir a buscarle y tirar de mí por las orejas!

–¡Justo! –gritaba el Monseñor.

Por reflejo, pensé: “No tengo dinero, pero Dios proveerá”. Lo pensó en latín y en esa lengua lo dijo.² Miró hacia el suelo. Los padrinos habían tirado algunas perras. Los críos olvidaron las justas, para que pudiera pagar el billete del tranvía. Le pareció un signo del Señor. Él le dejaba el libre albedrío. El tranvía llega, sube al estribo y de espaldas le hace un brazo de honor a Monseñor García-Díe. Pero con temor de ofender a un ministro de Dios, no le mira. ¿Le vio?

En casa la situación es cada vez más tirante con mi padre. Me está siempre reprochando que no traiga nada para que coman mis hermanos. Me dice que busque trabajo y traiga una paga a casa. Otro monseñor,

(2) Nihil habeo Deus Probidebit.

que ahora ya no ve en mí un cura, ni en el seminario una manera de ganarse la vida con las fotos.

Para mí significa más llegar a la hora a la academia, que comer. Ya estoy cansado de esperar la comida. Me voy casi todos los días sin comer a los cursos. No reprocho nada a mi madre, que tiene que hacer todo: trabajar haciendo faenas, vender despojos de cordero por el barrio, preparar las colonias, y si queda tiempo hacer de comer.

Colofón final. Justo sueña con la Converría 55 años después...

Esta noche Justo ha dormido mal... Bueno, decir mal es un eufemismo: él coge el sueño rápido, dice que al que caer pone cuidado de no entallarse una mano por no anquilosarse y despertar con ella dormida. Pero va a tener que cambiar el refrán por otro más adecuado. “¿Toda la noche en cama, y no has descansado? ¡Algún pelito en el arca tendrás guardado!” Tampoco es eso. Mejor es citar otro refrán: “Soñaba el ciego que veía y como nunca había visto, soñaba lo que quería”.

Ha estado quitando yerbajos, tirando de la madreSelva, cortando brotes a la exuberante glicina y a las diversas plantas del jardín que están en plena floración. Está agotado por esos nimios esfuerzos: le falta aliento ¿Puede ser el polen? ¿Una alergia él, que nunca tuvo nada?

En su volver y revolver durante sus sueños, recuerda la reciente neumonía que le ha tenido bajo alto tratamiento de antibióticos y que ofrecía los mismos síntomas, a su parecer. Que como no es galeno y ha tenido poco trato con ellos no lo quiere asegurar. Se le complica la cosa con un flemón que si bien no le duele, no le deja masticar cosas duras o correosas, ¡con lo que le gusta a él roer las cortezas, apurar los tendoncillos de entre las patas de cerdo y esas cosas!

Y es que él, que siempre ha sido joven –o lo ha parecido– de pronto se está descubriendo viejo y achacoso. Pero estas preocupaciones conjeturales no le impiden soñar. Sueña siempre y se ve –bueno él no se ve pero se adivina– mozo.



Retrat de Justo Hernández. (col·lecció de l'autor)

Sus sueños son siempre placenteros. Y casi siempre se ve ir o venir al Seminario Menor, en Montgat camino de Tiana... Sueño recurrente, tenaz; parece increíble que al cabo de tantísimos años, siga subiendo y bajando por aquellas cuestas de Tiana a la Conrería. Arrastra aquella maletorra de madera que de Cuba volvió cargada de semillas de la yerba de Nicot al hombro de su abuelo Adolfo; de Larache la trajo su padre con bisutería barata y chilabas que su madre rechazó a su padre, el empedernido enamorado. Manolo, su hermano mayor, la paseó por los campamentos de Huesca de donde nada trajo, cuando fue a cumplir la mili.

Ahora en su agitado soñar, la remolca Justo, pesada al subir por los atajos, cargada de por su propia Naturaleza no por que llevara tantas cosas en su interior. En su quimera, siente cómo resbalan sus zapatos de suela nueva en la arenisca de roca primitiva que le hacen retrogradar: Un paso adelante, un desliz hacia atrás, otro paso sobre la rala hierba, la maleta que casi se le escapa de las manos como si vida propia tuviese. Va subiendo; la meta es su futuro. Pero cuando se para como por recuperar el aliento, se ve tal como es: un niño que intenta alcanzar altísimo término y que le queda más por andar que lo ya andado, él que abulta menos que la dichosa valija.

“No mires atrás el camino andado, no te conviertas en estatua de sal”. Porque si la sal se desvanece, ¿con qué se la puede salar? *Ad nihilum valet ultra...* Eso le parece al peregrino que resbala en los granos de rocas pisoteadas por los hombres.

Pero al mirar hacia abajo, el sueño se transforma: ahora baja, se pasa la mano por el cabello y nota que le ha crecido, debe hacer ya tiempo que su padre lo llevó al peluquero para que le dejase el pelo al dos. “Debes ir presentable a ese digno seminario”, “No puedes presentarte ante tus futuros mentores, con esas greñas” (...).

El bajar por aquellas trochas es quizás peor que la subida. Pero la maleta le pesa mucho menos: es como si hubiese crecido y aumentado en fuerzas, o como si en vez de volver cargado de sabidurías, en la maleta, no hubiese más que aire estratosférico, liviano. Todos los detalles de aquel tiempo le refrescan su memoria: las hojas de pino que crujen al pisarlas, el aire rascoso, que huele a resina, recalentado por debajo de Tiana, su vestimenta de gales que tanto le gusta... Ahora baja con ganas de comerse el mundo, pero se cruza con un niño que se le parece, de pelo corto, aire sudoroso, pasos inseguros y que sube con la misma maleta que él baja.

En los ojos del que sube, se adivina la ilusión de donde y a qué va. El que baja piensa que se hunde en el fulgor de la gran ciudad “*À perte et profit*”. La quimera perdida, cambiar una de esas moradas de las que

Teresa de Ávila habla, por el suburbio de Gomorra a la que sus resbalones le llevan. En sus dudas, ahora sube, en su pesadilla ora baja. Lleva en el pecho un sentimiento de frustración. Deja en la cima la felicidad vivida aquellos cinco años.

Regularmente, como en una tendencia de sube y baja, como la inclinación del tren pendular, estos sueños se repiten. En el postrer atajo, el soñador se vuelve y mira indeciso hacia la cima con la impresión de haber olvidado algo. Y otra vez se ve, casi un niño, subiendo y resbalando, jadeando y arrastrando su liviana pesada maleta.

Hoy Justo cumple setenta y dos años. Anoche estuvo subiendo y bajando por las cuestas de Tiana a la Conrería. Cuanto más tiempo pasa, más cierto está que se dejó algo importantísimo por hacer en aquel cerro. Sueño vulnerado, acción, gesto o palabra no cumplida; abandono de un proyecto, desgarró en el joven corazón de Justo joven, que vuelve a desgarrarse en Justo viejo.

Este relato no tiene fin. Como no lo tienen los sueños de Justo. Ni sus ilusiones perdidas, ni su subir y bajar por las cuestas de la Conrería.

“Soñaba pues, el ciego que veía, y como nunca viera, soñaba lo que quería”

Epílogo: mi vida después de la Conrería

En 1955 pasé las vacaciones en la barraca, con mi familia y ayudando al párroco de Nuestra Señora del Port a la que pertenecía Casa Antúnez. En ocasiones, durante estos meses de asueto, nos juntamos varios seminaristas con cualquier pretexto para pasar el día juntos: un día de esos, el todavía seminarista Llauradó me hizo partícipe de sus dudas en cuanto a su vocación y yo le conté haber sido testigo fortuito de algo en la parroquia que contribuyó a aumentar las mías. No quise dar muchos detalles de lo que pude haber visto, dudando de haberlo visto; pero le confesé a *Llaura* que pensaba incorporarme al próximo curso, por lo menos para hacer los ejercicios espirituales y tratar de ver claro con la ayuda de mi confesor, si podría vencer mis dudas y seguir estudiando, y si

por el contrario debía abandonar y volver al mundo. *Llaura* me confesó que pensaba lo mismo.

Ahora me veo con la dichosa maletorra de mi padre, cuesta arriba, por los caminos de Tiana a la Conrería, medio vacía de ropa y medio llena de mis dudas: Esto es lo que voy a hacer, en cuanto llegue –pensaba–, iré a ver al rector y le diré que ya no tengo vocación, o que la he perdido. O que ya no sé si sí o si no quiero seguir en el seminario. Y le propondré de pasar la semana de ejercicios espirituales, a tratar de esclarecer mis sentimientos.

Al llegar al patio, fui recibido con una ovación, pues tanto mi maleta como yo mismo, éramos conocidos por andar a menudo de idas y de vueltas. Ya instalados en nuestros respectivos dormitorios, pensé en ponerme la sotana por darle más fuerza o seriedad a mi trámite y sin demorarme más, me acerqué al despacho del doctor Altés.

– Y bien, Justo, ¿que me vienes a anunciar? Porque ya que estás aquí no es necesario...

– Doctor Altés, estoy abrumado de dudas y las vacaciones no han sido lo suficientemente largas como para resolverlas. Creo que he perdido la vocación... O por lo menos que ya no estoy tan seguro de querer llegar al sacerdocio... Y he pensado que debía por lo menos hacer los ejercicios antes de dar el portazo a este lugar donde tan feliz soy, en esa semana de oraciones puede ser que recapacite y prefiera quedarme; pero si no deseo ser sacerdote, lo mejor es que deje el lugar que ocupo a otro joven que tenga vocación...

Durante mi perorata, el Dr. Altés me escuchaba de medio lado –con el oído bueno supongo–, sin opinar ni interrumpirme. Como no pensaba añadir nada más y él no me contestaba ni negando ni afirmando, le pregunté:

–¿Qué le parece?

– Hace ya un curso que te veo como ausente de entre nosotros...

– Pero mis estudios van viento en popa, he sacado dos matrículas.

– Vas a ir a la capilla y le pides a nuestro señor que te ilumine. Cuando vuelvas, me dices que te quedas o que te vas. Si piensas que te vas a ir, no hace falta que hagas lo ejercicios.

No tuve valor para volver a decirle que había decidido marcharme, abandonar la idea de ser un día sacerdote. Me despedí de nuestra querida señora de Montalegre y de mis más íntimos condiscípulos, agarré la maleta e intenté discretamente, pasar por el patio hacia la carretera. “¿Adónde vas Justo? ¿Qué se te ha olvidado?” Oía a mis espaldas. No volví a mirar hacia atrás, de miedo de convertirme en estatua de sal.

De vuelta al “mundo” empecé a buscar una academia donde poder seguir con mis estudios. Había oído decir que por cada diez alumnos de pago, una beca para un pobre era gratuita. No recuerdo cuantas academias solicité, pero en todas me dijeron que esos puestos gratuitos ya estaban ocupados. Con la recomendación de la Falange a la que me apunté aburrido y en contra de la voluntad de mi padre, ultra republicano, pude entrar en la Academia Condal pero las dificultades financieras de mi familia acabaron por cansarme de andar estudiando el día de antes o el de después con los libros de compañeros, y terminé por abandonar los estudios e irme voluntario al ejército. Durante dos años más, seguí estudiando en la Academia Solchaga en vistas a hacer carrera militar en Zaragoza. El uniforme, los desfiles, saludos y militancia escondieron un tiempo la ruindad y mezquindad de esos soldados rancheros y chusqueros y acabaron con mis ideas de ser un día por lo menos capitán como mi padre.

Me fui de turista a Francia en 1957, donde en Lyon tenía familia, y tras varios fracasos, conseguí los papeles de emigrado y me puse a trabajar en lo que sólo sabía: de pintor. Los estudios y todo lo que sabía de lenguas, mecanografía y diversos dones no me sirvieron para nada, sino solamente el idioma para progresar. Cuando tuve vivienda, volví a España en 1959 para casarme con la novia que conocí durante el servicio militar, Carmen. A partir de entonces, ya instalado en Francia, me apliqué en ganar dinero, para mantener mi familia y cambiar de estatus social. Con

lo poco que aprendí de pintor en el servicio militar, fui aprendiendo sobre la marcha y haciendo jornadas de diez y doce horas. Más adelante empecé a hacer chapuzas los sábados y domingos y a doblar mi sueldo con estos trabajos extras, hasta que me di cuenta que ganaba más con las chapuzas que con el patrón y me saqué el carnet de autónomo; para entonces ya me consideraba decorador y mi clientela pagaba sin rechistar los trabajos que decidía yo mismo que le convenían más. Llegué a tener hasta seis obreros y una buena clientela con organismos oficiales.

Entretanto iba llenando infinidad de libretas –incluso durante los descansos en el trabajo– que pensaba copiar en el libro que proyectaba escribir cuando me retirara. A los sesenta años me retiré –oficialmente– e hice lo que tenía pensado: escribir... un libro. Voy ya por el cuarto y estoy en trance de terminar el quinto. Aunque no he publicado nada. Ahí van unos extractos que *Campsentelles* se ha dignado publicar. Gracias.

Justo Hernández, Villerbaunne (Francia) 2009

Notas de la redacción

-Dr. Gregorio Modrego Casaus: nacido en el Buste (Zaragoza) en 1890 y fallecido en Barcelona en 1972. Estudió en el seminario de Tarazona y en la Universidad Gregoriana de Roma. En 1936 era obispo auxiliar de Toledo. En 1942 fue destinado como obispo a Barcelona, cargo que ocupó hasta su jubilación en 1967.

-Mn. José Manuel García-Die Miralles de Imperial: nacido en Barcelona en 1916, durante la guerra civil combatió como voluntario con los “nacionales” en un tercio de requetés. Ordenado sacerdote en 1942, estuvo vinculado durante muchos años a la Protección de Menores de Barcelona y de 1971 a 1978 fue rector del Seminario Menor de la Conrería. Falleció el 8 de noviembre de 1990 (La Vanguardia, 9-11-1990, p. 30)